

Otto Kuss, *San Pablo. La aportación del apóstol a la teología de la Iglesia primitiva*, Barcelona, Ed. Herder ("Sección de Sagrada Escritura", 149), 1975, 485 pp., 14 × 22.

"A la base de este libro está una conferencia, pronunciada el día 26 de junio de 1961, en el aula magna de la Ludwig-Maximilians-Universität de Munich, a invitación de la Asociación Universitaria Católica y de la Asociación de Estudiantes Evangélicos, de la misma ciudad. El texto de dicha conferencia, modificado en numerosos pasajes y notablemente ampliado, se publicó en 1963 en "Müncherner Theologischen Zeitschrift". Ese artículo es el fundamento del presente volumen (p. 11)". Con estas palabras nos describe el A. en el prólogo la génesis de esta obra. El carácter coloquial de la primigenia conferencia aparece a veces en el estilo o el tema que trata. Así, por ejemplo, en la introducción donde explica, y justifica, su propio apellido Kuss, que significa "beso". Dedicó a este asunto casi tres páginas con abundante aparato crítico.

La obra está dividida en diecisiete capítulos de irregular amplitud. Estos son los títulos que de alguna forma reflejan el contenido: I. *Principios* (pp. 19-21), II. *Algunas fechas fundamentales* (pp. 22-24), III. *Primer acuerdo sobre las fuentes* (pp. 25-36), IV. *Etapas principales de la vida del apóstol Pablo* (pp. 37-76), V. *Las cartas del Nuevo Testamento que, según la opinión predominante, se deben personalmente a Pablo* (pp. 77-226), VI. *Pablo y su imagen* (pp. 227-265), VII. *Modos y grados en el arte de caracterizar a Pablo* (pp. 226-276), VIII. *Peculiaridades de Pablo* (pp. 277-300), IX. *Fundamentos "terrenos" de la teología paulina* (pp. 301-317), X. *Comunidad y fe antes de Pablo* (pp. 318-325), XI. *El "Kerigma" primitivo, idea central del Nuevo Testamento según la versión de Pablo* (pp. 326-327), XII. *Ideas teológicas fundamentales contenidas en las cartas principales de Pablo* (pp. 328-421), XIII. *Elementos esenciales de una progresión* (pp. 422-499),

XIV. *La concurrencia teológica en el Nuevo Testamento*, (pp. 430-432), XV. *Pablo y Jesús* (pp. 433-441), XVI. *Influencia del apóstol Pablo y su teología* (pp. 442-447), XVII. *Pablo como educador* (pp. 448-459).

A estos capítulos se añaden finalmente cuatro índices sobre citas bíblicas, citas no bíblicas, autores y material. El texto suele ir acompañado de abundantes notas, a veces en demasía. Hay momentos en los que las notas a pie de página invaden toda la página e incluso la siguiente (cfr. pp. 233-234). También intercala en la propia exposición, pasajes de los escritos sagrados que comenta. Este método facilita el acceso al texto comentado, pero engrosa excesivamente el volumen del libro. El A. es consciente de ello y da explicaciones de este modo poco corriente de citar la Sagrada Escritura (cfr. p. 328, n. 1). Trata con ello de facilitar una lectura más detenida de los textos comentados.

Con respecto a la autenticidad de los escritos paulinos recurre el A. a la pseudonimia para aplicarla a algunos escritos considerados como paulinos por la tradición. Desde luego, es cierto que en los primeros siglos se daba dicha pseudonimia, igual que se daban los evangelios apócrifos. Pero también es verdad que la Iglesia conocía este hecho y lo tiene en cuenta a la hora de determinar los libros inspirados y, desde luego, no se dejó llevar del nombre que firmaba el escrito. Así el llamado *Evangelio de Tomás* es preterido, mientras que es aceptado como inspirado el de Marcos, a pesar de que éste no era apóstol y aquél sí lo fue. En todo caso, no cabe duda de que el testimonio de la tradición a este respecto ha sido siempre de mucho peso. Y lo sigue siendo ya que en los primeros siglos estaban relativamente más cerca de los escritos sacros, y por lo tanto en mejores condiciones de emitir un juicio correcto en cuanto a la determinación de quién fue el autor de tal o cual escrito.

El A. habla de "*un núcleo seguro de cartas paulinas*". Se refiere a "1 Tes, Gal, 1 Cor, 2 Rom, Filip y Filem; aunque algunos críticos aún reducen más el círculo" (p. 27). "*Entre las cartas que —siempre por razones internas— no han logrado la plena confianza de los investigadores, se encuentra la carta a los Colosenses, que sin embargo aún cuenta con un número relativamente grande de defensores —incluso entre los críticos— de su "paulismo". La segunda carta a los Tesalonicenses crea dificultades porque no parece explicarse satisfactoriamente al lado de la primera, aunque por lo que respecta al contenido no presenta realmente nada que pueda atribuirse al autor de la primera*" (p. 30). La misma inseguridad atribuye a la Carta a los Efesios y a las Pastorales. De la primera, después de afirmar que no es "paulina", dice que los argumentos contrarios a la autenticidad son "esfuerzos que desde luego sólo conducen, y sólo pueden conducir, a resultados muy inseguros" (p. 31). De las epístolas Pastorales admite que han de atribuirse "a un autor posterior a causa del carácter evolucionado

que presentan y una situación firmemente institucionalizada. Hay que guardarse sin embargo —y la justicia histórica obliga a decirlo— de la ligereza...” (p. 32). Como se puede apreciar hay una fluctuación continua en un problema que es, si no decisivo, sí fundamental. Las razones aducidas son, como el A. confiesa, siempre internas. Así, por ejemplo, las diferencias, en el lenguaje empleado, en el ambiente que reflejan, etc. son argumentos carentes en el fondo de una fuerza decisoria. En efecto, el transcurso del tiempo es un factor evidente que explica la diversidad de vocablos utilizados, o de los temas que se abordan. Los problemas que afectaban al Apóstol hacia los años cincuenta no son los mismos que le preocupaban al fin de su vida. Ello justifica que hable de temas diversos y exponga una doctrina, aunque no contraria, en cierto modo distinta. Otro factor que puede determinar la variedad de estilo y de lenguaje es la diversidad de los destinatarios a quienes se dirige el autor sagrado. Sería absurdo hablar de la misma forma siempre y a todos, fueran quienes fueran los interlocutores. En Rom y Gal trata cuestiones similares de tipo doctrinal; en las Pastorales en cambio predomina la preocupación práctica por la buena marcha del gobierno de la Iglesia.

Hay otro elemento que se olvida de ordinario a la hora de hacer una crítica interna de los escritos paulinos: el modo de escribir las cartas en la antigüedad. A veces se escribían personalmente, desde el principio hasta el final. Pero en ocasiones no se hacía así, sino que se servían de un escribano al que se solía dictar una a una —debido a la lentitud con que se escribía— las palabras. Era posible incluso dejar eun cierto margen al transcriptor que ponía por escrito las ideas confiadas por el maestro, quien por su parte las corregía en lo que creyera oportuno, haciendo así suyo aquel escrito. De hecho, en alguna ocasión, San Pablo añade al final de la carta algo de su puño y letra (Cfr. 1 Cor 16, 21; Col 4, 18; 2 Tes 3, 17; Filem 19). Otras veces el escribano hace notar su presencia intercalando su saludo personal (cfr. Rom 16, 22). En la primera epístola de S. Pedro será el mismo apóstol quien declara: “Por Silvano, a quien tengo por hermano fiel para con vosotros, os escribo brevemente...” (1 Pet 5, 12).

Respecto a las epístolas de San Pablo hay que reconocer además que los grandes temas de las epístolas más tardías —como pueden ser las de la cautividad y especialmente las de los Efesios—, están presentes de algún modo en las primeras cartas paulinas. Ciertamente sin la riqueza y amplitud que luego alcanzan esos temas, pero sí al menos en germen y susceptibles de un desarrollo y comprensión posteriores. Esto mismo lo acaba reconociendo el A. casi al fin del libro (cfr. p. 432). De todo lo expresado se deduce que las objeciones que se suelen esgrimir contra la autenticidad de algunas cartas, atribuidas por la tradición a San Pablo, carecen de fuerza suficiente como para considerar como apodíctico que fue otro y no el Apóstol el autor de los

escritos a él atribuidos por quienes, repito, tenían más elementos de juicio por estar más cerca en el tiempo y en el espacio que nosotros.

Tampoco se puede admitir que las diferencias existentes entre el libro de los Hechos y las cartas paulinas sean insuperables. Es cierto que en algunos momentos el A. habla de cómo esas divergencias vienen a ser nimias y aparentes, o explicables por la diversa finalidad de Pablo y de Lucas (cfr. p. 33). Pero en otros muchos momentos se inclina por la imposibilidad de conformar los datos divergentes (cf. pp. 56, 115, 282, etc.).

Cuando trata el A. sobre la parusía da la impresión de que San Pablo estaba plenamente convencido de la inminencia de la venida de Cristo. Afirma que de 1 Tes 4, 13-17 "se deduce con seguridad que Pablo —al menos al principio— contaba con vivir durante su existencia terrena la experiencia de la venida del Señor Jesús en la gloria celeste" (pp. 283-284). Luego parece rectificarse, aunque manteniéndose dentro de cierta fluctuación, que se explica quizás por el carácter ecumenicista que tuvo la conferencia que está en la base de este libro.

Se pronuncia abiertamente a favor de la fidelidad de San Pablo a la tradición recibida, aun cuando reconoce que no es un mero transmisor sino que enriquece, bajo la inspiración divina, lo que él ha recibido: "Pablo se sitúa desde luego sobre un cimiento que ya está puesto, Pablo transmite; pero sobre todo sigue construyendo y no en un sentido totalmente tradicional. La parte esencial de su trabajo es el desarrollo, acomodar el anuncio del Evangelio a las exigencias de una nueva época. Pablo, el Apóstol, uno de los heraldos influyentes de la primera hora, es, pues, todo lo contrario de un simple transmisor de la revelación habitual en el sentido de una reproducción literal de lo escuchado; es más bien un predicador en cuanto que lo escuchado lo acomoda a una nueva situación traduciéndolo por lo mismo en un lenguaje nuevo; es predicador y transmisor de revelación en cuanto que es un teólogo" (pp. 272-273).

A lo largo de todo el desarrollo tiene en cuenta la exégesis y teología protestante. Lo cual es lógico y comprensible supuesto el ambiente y circunstancias en que nuestro A. ha de moverse. Su postura se esfuerza por ser equilibrada, e incluso lo más comprensible posible. No obstante, se pronuncia con claridad al decir que "el trabajo teológico de Lutero... bien pronto se discutió y aún sigue discutiéndose —por motivos en parte distintos— si la interpretación de Lutero era atinada" (pp. 238-239). Se apoya en A. Schweitzer, protestante que "escribió la impresionante historia de la investigación de los escritos paulinos desde Hugo Grotius hasta Richard Rietzstein y hasta su propia concepción escatológica, y desde esa perspectiva ha pronunciado estas severas palabras: 'La Reforma luchó y triunfó en nombre de Pablo. Con ella la doctrina del Apóstol de los gentiles pasó a ocupar el pri-

mer plano de la investigación protestante. Pero el esfuerzo aplicado no buscaba en primera línea el conocimiento histórico de esa ideología. Se buscan, y se encuentran, los pasajes que prueban la verdad de la dogmática luterana o reformada. La exégesis de la Reforma introduce sus propias ideas en Pablo para volver a recuperarlas cargadas de una autoridad apostólica. Esta objeción, formulada de modo muy general, se ha llevado a cabo dentro del protestantismo y constantemente desde la Reforma..." (páginas 238-239).

Enfoca correctamente el hecho de la Resurrección de Cristo, que considera "el acontecimiento decisivo de la primitiva historia cristiana" (p. 328). Afirma también que "la importancia que el hecho de la resurrección tiene para Pablo se evidencia todavía más cuando habla de las consecuencias —a su modo de ver, aniquiladoras— que se seguirían de negar la resurrección" (p. 333). Al tratar el tema de la Eucaristía cita a W. Heitmüller que afirma que "la cena del Señor opera la unión más íntima con el Cristo exaltado, que se ha entregado a la muerte como víctima por la comunidad; que se trata de una comida y una bebida sobrenatural, se trata de un alimentarse de Cristo" (p. 410).

El libro es en su conjunto valioso, sobre todo para los estudiosos de San Pablo. Hay que tener muy en cuenta el público para quien escribe y el A. y la problemática de esos destinatarios que tanto desean el acercamiento a los hermanos separados. En aras de la causa ecumenista se hacen algunas veces ciertas concesiones, pero en definitiva la postura del A. es firme en cuestiones decisivas, como es por ejemplo la Resurrección de Cristo.

Antonio GARCÍA-MORENO

Agostino TRAPE, *S. Agostino. L'uomo, il pastore, il mistico*, Fossano (Cuneo), Ed. Esperienze ("Maestri di spiritualità"), 1976, 442 pp., 13,5 × 20,5.

A dos años de la aparición en España de la obra de V. Capánaga, *Agustín de Hipona. Maestro de la conversión cristiana*, Madrid, Ed. Católica, 1974, he aquí la obra de otro agustinólogo que, como resumen y fruto de muchos años de estudio, quiere intentar una semblanza del gran Obispo de Hipona, que pueda abarcar todos los aspectos de aquel hombre genial desde los rasgos tan entrañables de su humanidad hasta la estructura de su pensamiento.

La obra de Trapé en principio se dirige a un público culto —que no engañe el hecho de que se presente en una colección de espiritualidad—, pero está escrita de manera admirablemente divulgativa y resulta de lectura muy agradable. Se nota que en